

La HONDA de DAVID por Sebastián Salazar Bondy

Cosecharás la Tempestad

Si un ejército nacional —cuya misión es custodiar las fronteras de su país y defender la Constitución que lo rige— puede actuar, mediante la fuerza que le dan las armas, como Gran Elector, no existe la democracia. En la Argentina —concluyamos— no existe la democracia. Desde el momento en que las espadas se interpusieron al paso de la voluntad popular manifestada en el sufragio, en el país hermano del Plata quedaron abiertas las puertas para que el pueblo recupere el poder por la vía ilegal, por la violencia inclusive. Porque la violencia no la ha desatado la ciudadanía. Fueron los generales golpistas quienes sembraron la tempestad, y ellos tendrán, tal vez si con el atroz derramamiento de mucha sangre inocente, que cosecharla. Batista o Pérez Jiménez —y todos los dictadores de este continente— no hicieron otra cosa que proceder, con descaro característico, del mismo modo que los jefes argentinos acaban de hacerlo: poner un dique férreo y arbitrario a la democrática decisión depositada en las urnas.

Lo que nadie que no esté en el juego de los intereses oscuros que mueven a las fuerzas negativas, a los grupos de presión, a los agentes del poder tras el trono, entiende bien es por qué la operación anti-democrática se ejecuta en nombre de la democracia. El profesor Galíndez, que pagó con su vida el análisis de una de las más duras reyecías criollas, comprobó una verdad de la idiosincrasia dictatorial que es peculiar de todos nuestros países: el mandón o los mandones de turno actúan contra la ley, pero exorcizan su legicidio con un disfraz legal. Los “hombres fuertes” (he allí el ejemplo de Odría entre nosotros) se fabrican sus elecciones, su parlamento, su oposición decorativa, hasta su constitución. Las camarillas (en la Argentina, militar; en el Perú, financiera y latifundista) anulan las democráticas victorias populares en resguardo de la democracia. Lo cual no disminuye en un ápice el abuso que cometen aquéllos y éstos, y que un pueblo puede soportar sólo hasta un límite.

No es formular profecías tenebrosas afirmar que todas las dictaduras de individuo o grupo tienen los días contados. Por más compulsivas y monolíticas que parezcan, hay un comején que lentamente las corroe o las pudre. A la postre se resquebrajan. Y generalmente se derrumban estrepitosamente. Es cuando, a cambio de la brutalidad que han ejercido, casi como consecuencia de ella, las masas se desbordan y se cobran la acreencia con una cruenta moneda. No es preciso pedir ejemplos. Si decir que la ira y la venganza de esa hora se explican y, a veces, hasta se justifican. En el cabo de toda dictadura —repito: de grupo o de individuo— hay el germen de una revolución popular. Cuando un hombre dice, con palabras u obras, que el Estado es él, hay un pueblo que diariamente comprueba que no hay Estado que lo sea si prescinde de las multitudes trabajadoras, y desde que esta evidencia se revela nítida a su razón la germinación revolucionaria está en hervor. Revolución que es, en ese caso, insurrección primero, pero que se cumple luego en la tarea creadora comunitaria, solidaria fraternal como en Cuba. El ejército argentino parece ignorar que al segar la voz popular de un tajo, ha olvidado un secular clamor de la historia: “Cosecharás la tempestad”. Grandes vientos la anuncian ya.